

SARMIENTO VERSUS BORGES "DIÁLOGO DE MUERTOS"

Rosalía Centeno de Hoyos
Universidad Nacional de Cuyo

Introducción

En el "Diálogo de Muertos" están expresados, a través de la vida de Facundo Quiroga y de Juan Manuel de Rosas, las dos grandes tesis contradictorias del pasado histórico argentino: unitarismo y federalismo. Los secretos avalares del "Mundo" que originó cada una de estas posiciones, también se revelan, aunque recubiertos por bellísimas imágenes épicas. Emerge en ellas y en las motivaciones de cada una de las acciones, el dilema filosófico fundamental: la polaridad Naturaleza-Espíritu o Naturaleza-Historia. La cual así emerge como la autentica dialéctica vital. Porque lo propiamente humano, es en todas sus direcciones mudadizo y cambiante. Anida en él el Tiempo; como la trama y la urdimbre de sus actos pasados, presentes y futuros. La mudanza de todo lo humano implica decir que todo ser crece, y en este sentido que progresa, aunque no sea siempre hacia lo mejor. Pero lo que hay que subrayar es que la vida, y en especial la vida del espíritu es puro y perenne movimiento. Conocimiento que nos lleva a comprender a la naturaleza, por el contrario, como esa consistencia fija y dada de una vez para siempre. Por ello Ortega y Gasset, afirma: "la naturaleza es una cosa,

una gran cosa, que se compone de muchas menores”¹. Pero cualesquiera que sean las diferencias entre las cosas, tienen "todas ellas un carácter radical común, el cual consiste simplemente en que las cosas *son*, con una consistencia o estructura fija y dada. Por lo tanto, todos sus cambios y mudanzas, serán por los siglos de los siglos, combinaciones regladas de su consistencia fundamental”². De la tesis orteguiana se deducen así los ejes axiales en torno a los cuales se realiza el desarrollo del diálogo: Naturaleza-Espíritu, Naturaleza-Historia. Domingo F. Sarmiento se erige por derecho propio como el gran punto de partida desde el cual Borges inicia su reflexión. Genial referente; la pintura histórica de *Civilización y barbarie*; así como la tesis metafísica que se desprende ya, del mismo título de la obra; no podrá dejar de causarle honda impresión. Sin embargo, Sarmiento es su gran oponente. Dos concepciones del mundo y de la historia, en extremo distantes subyacen a la obra de cada uno de ellos y la explican. El contrapunto filosófico entre ambos escritores es rico y profundo.

Los hombres: antítesis naturaleza-espíritu

"Hay una *Mitología Blanca* que reúne y refleja la cultura de occidente: el hombre blanco forma su propia mitología, la indoeuropea, su *logos*, es decir el *mythos* de su idioma; por la forma universal de lo que todavía debe querer llamar la Razón", afirma J. Derrida³.

Es este *logos* que intenta fundar su ciencia en el saber que se aquieta solo "en la fundamentación y en la prueba"⁴, el que hace crisis en la intuitiva poética de Borges.

Hay una leyenda, hay una mitología propiamente argentina que en un primer momento se ha apropiado⁵ del alma del poeta. Una mitología, en el decir de Derrida, que se nutre y culmina, avanza y oculta en la feroz oposición entre masa y pueblo. Es la sombra constante de Sarmiento la cual invoca el dilema crucial que se esta-

blece entre "civilización o barbarie" o tal vez deberíamos decir "naturaleza o historia".

Es en el *Facundo* recreado por Sarmiento en donde se clarifican los términos antagónicos. Por un lado, la naturaleza, esa, que se comprende como "la extensión sin límites"⁶, ignoto espacio genérico, para el cual se ha perdido toda posibilidad civilizatoria. Es "el desierto que circunda las ciudades, con su naturaleza salvaje". Esta naturaleza, así descrita, es la Barbarie. Salvaje y hostil; constituye para Sarmiento la *tesis necesaria*, el punto de partida, primitivo, el cual justifica y exige la inminencia preclara y necesaria de todo proceso racional de desarrollo modernizador. A tal tesis, debe oponérsele pues su antítesis, arrolladora, extranjerizante, comercial e industrial.

Esta es la "Mitología Blanca Argentina" de la cual el gran Sarmiento participa. Por ello su *Facundo* inmenso y extenso como las llanuras emerge como su producto original: "cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático"⁷.

Es decir, no es espíritu, no hay humanidad en su seno. Sólo hombre "masa". Incapaz de razonar, de pensar, primitiva y manejable, y a veces, ¿por qué no?, ingobernable como las "hordas tártaras", de feroz independencia vital.

Sobre este horizonte, cabalga Facundo. Pero más allá de su singularidad, Facundo es un arquetipo. Cumple la digna y eficaz función de representar la universalidad concreta de una porción de existencia humana. Es, la expresión de una forma ejemplar de la experiencia ¿argentina o más bien porteña? Paul Ricoeur, añadiría "la experiencia escapa así a su singularidad: queda transmutada en su propio arquetipo".

Sin embargo, éste no es el Facundo que sale a nuestro encuentro en el "Diálogo de Muertos". ¿Qué conocemos ya de él? Su "piel cetrina", sus "ojos como tizones"; la melena revuelta y la barba lóbrega, que "parecían comerle la cara". Pero nada más del pensamiento sarmientino se presenta aquí. Más bien, Facundo ha dejado de ser una imagen genérica, cosificada y naturalizada. Arquetipo

de una "masa" bárbara, ¿Será, acaso aquel primer "hombre natural" original y auténtico, hombre de los orígenes, como así llamaba J. B. Vico a aquél "que no sabe mentir", de ser abierto, verídico, fiel, generoso y magnánimo?

Como aquel "hombre de la barbarie primitiva", en la exégesis viquiana, Facundo, escucha la voz de Alguien que lo llama. Y desde esta disposición que no es ligera, sino un *cuidado* ante la realidad trascendente, se impone.

Desde tal *religatio*, condición estricta de toda religión; desde tan creencia firme, aún nacida de una fugaz referencia del poeta; Facundo habla y hace historia.

Historicidad y temporalidad

Acaso debamos tener en cuenta el tiempo. El tiempo en el cual el "decir es fundante del ser". En este diálogo, cada palabra construye, paso a paso, el ser de los hombres que en él habitan.

Este ser americano tiene escindida su unidad; criollo por un lado, europeizado por el otro, representado en las figuras de Quiroga y de Rosas, se despliega en un horizonte histórico y temporal al cual no es ajena la conciencia hermenéutica del poeta. Borges también rinde cuentas aquí de sus creencias seculares, de sus ideas preconcebidas, anticipaciones y de su propia experiencia vital.

El círculo hermenéutico es un torbellino que atrapa al historiador y a los personajes, en tanto el sentido del todo, el último significado; como coherencia perfecta, se oculta en las profundidades del pensar del poeta porteño. Pero podemos afirmar que en la lógica interna propia del diálogo subyace una concepción del tiempo que por momentos en Rosas se acerca a la circularidad. Y por otro, se escapa en el surco de la infinitud lineal. Historicidad, fundamental categoría, propia del espíritu; sólo el caudillo riojano la posee. Por esta razón, su existencia adquiere una acabada dimensión humana. Facundo nace, crece y se supera en la historicidad de cada

palabra que él emite. Cada una de sus palabras las remite a un auténtico y configurado acontecer. Facundo es una flecha en busca de su destino. Del alfa al omega su recorrido es auténtico y veraz.

¿Pero qué hay de Rosas? ¿Cómo concibe su conciencia, su propia y efectuada temporalidad? "A mí me basta ser el que soy- sostiene Rosas- y no quiero ser otro". A lo cual contesta Quiroga: "También las piedras quieren ser piedras para siempre, y durante siglos lo son, hasta que se deshacen en polvo".

Así es descripta por Borges la figura de Rosas. Pocos términos sirven para anunciarla: lo que no cambia y sin embargo vuelve. Lo inmutable, factible sin embargo de repetición. En este caso, se presenta otra esquematización temporal. Opuesta a la auténticamente histórica. Se trata del eterno retorno de "lo mismo" el cual sólo es concebible en una concepción mítica del tiempo, como eterno retorno de los circuitos paradigmáticos de la sacralidad poderosa que ejerce su función vivificante y renovadora de las energías espirituales. Agotadas por el pasaje incansable de Cronos.

Sin embargo, no es éste aún el caso de Rosas, para quien la circularidad temporal es prestada sólo como repetición y eterno retorno. Ya sea puramente material; o bien como producto objetivado de la técnica racional. ¿O acaso sea el tibio y póstumo escorzo de una dialéctica, ya ajena al ser, estratificada por un casi cabal espanto; reificados sus momentos; sintetizados en un postrero "ayer"?

Porque el pasado, sin más, es el momento de identidad en el hombre, lo que tiene de cosa, lo inexorable y fatal. Pero tal vez convenga profundizar con Borges en estos conceptos.

¿Qué clase de bárbaro, es éste que llega del sur de Inglaterra... "rojizo, atlético y obeso", "con sombrero de copa y una curiosa manta de lana con una abertura en el cuello", que presenta Borges en el "Diálogo..."? "Casi inglés, casi el mismo y arquetípico John Bull"⁸.

Este bárbaro no puede ser asimilado a los anteriormente despreciados. No posee aspecto criollo, tal vez algunas de sus habili-

dades, es innegable. Él mismo lo sostiene "yo, que he domado potros en el sur y después a todo un país".

Pero no es el bárbaro primitivo. Rosas constituye, así la expresión perfeccionada de un nuevo tipo de barbarie. La "barbarie de la reflexión" como sostiene Vico⁹. Aquella que nos espera al final, ¿al final de qué?, de la noche de la historia.

La barbarie de la reflexión acontece cuando los hombres se instrumentalizan de tal modo realizando el proceso técnico que pierden las bases religiosas de la vida. Al alejarse de lo divino el hombre se queda solo consigo mismo, o sea solo con sus propias facultades exarcebadas en feroz y mutuo conflicto: "Harán de las ciudades selvas", sostiene Vico.

Esta es pues la "barbarie de la reflexión", que Sarmiento tanto como Borges presienten y acusan en el dictador. Pero Borges, al calificarlo, aún es menos generoso que el sanjuanino; su castigo es terriblemente superior. Una condena a vagar eternamente, sumido en la oscuridad del Hades, hubiera sido mayor recompensa. Rosas, como el bárbaro, más bárbaro que la astucia de la razón haya concebido es condenado a ser nada de espíritu. "A mí me basta ser el que soy" dice Rosas. Pero al negar así las íntimas y esenciales permutaciones del tiempo, también niega su futuro en cuanto fuerza viva y actuante del ser hoy.

La vida, por el contrario es absoluta presencia, lo cual exige a su pasado prístina actualidad. Pasado y futuro se presentizan, en el áureo e irrepitable "ahora". Pero al negar el futuro, el horizonte existencial decisorio, desde el cual fluye toda posibilidad, Rosas niega la totalidad del tiempo. "Porque nada es sin el después. Nada es si no se mantiene en lo que ha llegado a ser desde una posibilidad irrepresentable: el futuro"¹⁰. Al negar este éxtasis fundante del tiempo, Rosas niega toda posibilidad de poder ser, le niega esta proyección a su presente, que ya no podrá ser más. En ese instante, en ese "ahora", al negar el tiempo, horizonte constitucional del espíritu, de la vida, Rosas se convierte en nada. Pura permanencia estratificada mineral. Rosas, es en síntesis, la verdadera naturale-

za, la cosa fija y estable, de la cual ausentes están Dios y el espíritu. Menos aún que "masa." "Rosas es objeto." Así ha dictaminado el juicio pavoroso del bardo ciego. Ante la invitación de Facundo, "fíjese ya estamos cambiando los dos", Rosas le ha respondido, negándose al adviniente nuevo ser, "no quiero ser otro". A Facundo, por el contrario, el conocimiento de sí, le abre las puertas de otro destino. "Y ahora voy a que me borren, a que me den otra cara y otro destino, porque la historia se harta de los violentos. No sé quién será el otro, qué harán conmigo, pero sé que no tendrá miedo".

Conclusión

Habiendo acompañado a Jorge Luis Borges, en su meditación acerca de los dos grandes paradigmas de nuestra historia nacional, aún nos restan algunos interrogantes.

Por ejemplo, sabemos que solamente dentro del marco de una visión cristiana de la historia, puede el hombre, como un individuo, aspirar al ejercicio de su libre arbitrio. Es esta posibilidad, la que se le abre a Facundo Quiroga y lo que le permite optar por un nuevo proyecto que le abre las puertas a la novedad, es decir, al futuro.

La Presencia que llama, exhorta hacia el cumplimiento de una nueva consumación. También clama y exige desde el futuro, el ejercicio libre de la racionalidad y la voluntad en aras de un ordenamiento superior. Como el río hacia el mar, respondiendo Facundo, decide su destino. Pero, la figura de Rosas, es la más oscura en sí misma y difícil de encasillar. La duda se presenta. ¿Acaso el poeta habrá querido corporizar en él la otra gran tradición histórica, trágica que se encuentra en los albores de la civilización? ¿Acaso será el drama, instaurado por la tragedia clásica, el ámbito otorgado para Rosas? En ese caso podría aplicársele las palabras condenatorias que el coro de Esquilo, en el *Prometeo Encadenado* pronuncia:

"¿Has visto la raquíta y fantasmagórica impotencia que mantiene encadenado al ciego linaje humano?".

Sin embargo, aún la purificación por el dolor, siendo ésta la última vía de acceso al conocimiento y a la redención que propone la tragedia, también le es negada a Rosas. Por lo tanto, el dictador, tampoco es para Borges, el prototipo del héroe clásico. Negada pues esta vía de redención, Rosas sólo puede asemejarse al ángel caído, quien habiendo abjurado de su naturaleza espiritual, alcanza los más bajos estratos del ser.

La figura de don Juan Manuel de Rosas, federal por derecho pero paradigma del unicato, de hecho, nos remite así la pregunta más radical de todas las que se pueden encontrar en la experiencia del hombre: ¿Por qué existe el mal? Tras estas últimas inquisiciones sin respuesta; una última tesis vertebra y organiza racionalmente el "Diálogo de Muertos". Tesis que codifica la teoría histórica de uno de los grandes pensadores de nuestro siglo: "El hombre no tiene naturaleza, tiene historia"¹¹. He aquí la caracterización última de Rosas y Facundo: así, en la tesis orteguiana se encuentran sintetizadas las categorías matrices filosófico-históricas de J. L. Borges.

NOTAS

- ¹ J. Ortega y Gasset. *Obras completas*. Madrid, Alianza, 1983, T. VI, p. 23.
- ² *Ídem*.
- ³ Jacques Derrida. *Márgenes de la filosofía*. España, Cátedra, 1989, p. 253.
- ⁴ H. G. Gadamer. *Mito y razón*. Paidós, Barcelona, 1993, p. 26.
- ⁵ "La tradición mítica entraña en sí misma un momento de apropiación pensante y se realiza por doquier volviendo a decir interpretativamente lo dicho en la leyenda". (J. Gadamer. *Ibid.*, p. 28).
- ⁶ D. F. Sarmiento. *Facundo*. Kapeluz, Buenos Aires, 1988, p. 15,
- ⁷ *Ibid.*, p. 17.
- ⁸ J. L. Borges. "Diálogos de Muertos". En: *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974, Tomo 2.
- ⁹ G. B. Vico. *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*. Buenos Aires, Aguilar, 1975, p. 1106.
- ¹⁰ E. Albizu. "Esquemas de Tiempo". En; *Letras*. Lima, año 48, N° 84-85, Segundo Semestre, 1976, pp. 16-40.
- ¹¹ J. Ortega y Gasset. *Historia como sistema*. En; *Obras completas*. Madrid, Alianza, 1983, T. VI, p. 41.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBIZU, Eduardo. "Esquemas de Tiempo". En: *Letras*. Lima, año 48, N° 84-85, Segundo Semestre, 1976, pp. 16-40.

- BORGES, Jorge Luis. "Diálogo de muertos". En: *Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974, tomo 2.
- CRUZ CRUZ, J. *Hombre e historia en Vico*. Pamplona, EUNSA, 1982.
- DERRIDA, Jacques. *Márgenes de la filosofía*. España, Cátedra, 1989.
- GADAMER, H. G. *Mito y razón*. Barcelona, Paidós, 1993.
- MARCUSE, H. *Ontología de Hegel y teoría de la historicidad*. España, Edit. Martínez Roca S.A., 1970.
- ORTEGA Y GASSET, J. *Obras completas*. Madrid, Alianza, 1983.
- PAZ, Octavio. *Puertas al campo*. Barcelona, Seix Barral, 1947.
- VICO, G. *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*. Buenos Aires, Aguilar, 1975.